

Estamos enfrascados actualmente en el Congreso Nacional sobre la Pobreza, lo cual conecta perfectamente con los muchos esfuerzos y pasos dados en este terreno. Ya hemos hablado del gran impulso que ha experimentado el voluntariado (y se ha producido en todos los grupos de edad, desde los jóvenes hasta los ancianos). Y habría que destacar especialmente el documento de los Obispos de Aragón sobre la Pobreza en nuestra tierra, documento que se ha apoyado y que recibe su verificación en la acción de Cáritas. La opción por los pobres va pasando de ser un lema para ser una realidad consolidada en muchos creyentes.

Como mi memoria no es perfecta, es muy posible que me haya dejado algún aspecto importante en la enumeración de lo positivo. Pido perdón por ello al lector que se sienta minusvalorado en sus esfuerzos, pero no es mi intención quitar méritos a nadie. Ahora bien, junto a lo que acabo de exponer, qué duda cabe de la existencia de bastante oscuridad.

Panorama con bastantes sombras

A pesar de que la anterior enumeración pueda sugerir lo contrario, hay una impresión muy extendida de falta de vitalidad diocesana, de balsa de aceite (falsa ausencia de problemas), de muermo incluso. La Iglesia parece estancada, sin ideas nuevas que aportar. No es, desde luego, estimulante; no es, ciertamente, apoyo para la utopía del Reino de Dios; parece bastante aburrida. Existen grandes distancias entre los deseos (cuando los hay) y la realidad: se habla mucho de participación, de corresponsabilidad, de que la Iglesia somos todos, de los diferentes ministerios, pero en realidad las decisiones siguen estando en manos de unos pocos (el clero). Se habla de planes pastorales y se presentan objetivos a principio de curso en cualquier grupo que se precie, pero parece más una exigencia burocrática que otra cosa, y la eficacia resulta ser más bien escasa. Se habla mucho de Pastoral Misionera, pero o no se sacan las oportunas consecuencias, o no se entiende lo que se dice, o es simplemente un tópico repetido por personas que a la hora de la verdad prefieren encerrarse en sus grupos y en sus celebraciones de siempre. Se está haciendo un gran esfuerzo de formación de los agentes de la pastoral, pero luego no parecen verse con claridad los cambios pastorales que esto debería suponer. Y así se podría ir siguiendo.

La imagen de Iglesia que poseen muchísimas personas sigue siendo penosa (represión, tristeza, intolerancia...). Lo que muchos «ven» es el poder de la Iglesia «oficial», su situación en el centro y no en la periferia. Y basta cualquier decisión discutible, especialmente de las autoridades eclesiales, para que se desate en los medios de comunicación un cierto, digamos, «cachondeo» sobre ello. Para muchos jóvenes, por otra parte, la Iglesia equivale a aburrimiento, cosa antigua, poder, curas (no corresponsabilidad), riqueza, hipocresía, inmovilismo, normas-pecado, superorganización...

El Arzobispo, tras sus 19 años al frente de la Diócesis y, sobre todo, tras su elección y reelección como Presidente de la CEE, no da la impresión de saber o poder estimular en estos momentos adecuadamente una renovación diocesana. La per-

manencia de algunos Vicarios durante lustros y lustros (uno de ellos lleva ¡veinticuatro años seguidos!) es un indicador lo suficientemente expresivo en esta misma línea, así como el mantenimiento por años sin término de los mismos párrocos en gran número de parroquias, especialmente en las más significativas. Se constituyó hace pocos años el Consejo Diocesano de Pastoral, pero su incidencia resulta escasa en la vitalidad de la Diócesis, y parece más bien un grupo de reflexión de temas que le sugiere el Arzobispo. Las zonas pastorales, que pudieron despertar hace más de diez años ciertas expectativas de renovación, hoy parecen en gran medida incapacitadas para ir más allá. Los movimientos, grupos, etc., de apostolado seglar no logran superar unos techos bastante limitados.

La falta de renovación se hace patente en las celebraciones litúrgicas, especialmente en las Eucaristías. En la inmensa mayoría de los casos los seglares tienen que padecer celebraciones unidireccionales, acciones del sacerdote que preside y no de la comunidad que celebra. El lenguaje tiene mucho de retórica alejada de la realidad tanto en contenidos como incluso en el tono que se utiliza al hablar. El compromiso fruto de la participación en el Cuerpo y Sangre de Cristo brilla en gran medida por su ausencia. Los jóvenes, por lo general, no conectan y no se hacen presentes. E incluso gran número de sacerdotes sufren el exceso de sacramentalismo superficial de tantos bautizos, bodas, primeras comuniones e incluso confirmaciones.

En contraste con lo que se observa por otras latitudes, el fenómeno de las sectas no ha logrado entrar todavía con suficiente fuerza como para inquietar. No hay, por tanto, una «competencia» que pudiera provocar un revulsivo, aunque vayan surgiendo ya grupos. Más parece preocupar, al menos en los niveles superiores, el hecho del envejecimiento del clero (e incluso su salud física y psíquica) y el del estancamiento de las vocaciones sacerdotales (las otras vocaciones no se destacan tanto), pero las soluciones, si es que se toman, no dan la impresión de aportar nada nuevo: el Seminario sigue inamovible en sus grandes líneas, la imagen y rol del sacerdote no se renuevan sino que se reafirman los trazos «tradicionales». Y la Pastoral Juvenil sigue sin ser tomada en serio: se desea por parte de los curas y obispos ver jóvenes en la Iglesia, dentro del templo (en esas misas con absoluto predominio de gente mayor) o en reuniones, asambleas o concentraciones con el Papa, pero la distancia respecto a los jóvenes no cesa de aumentar. Nada digamos ya de la distancia respecto al mundo, a los valores positivos de la sociedad, etc. Vivimos en un ambiente simplemente conservador (no ultra, tampoco es eso) y no sé si se espera algo; la maquinaria sigue funcionando y eso parece bastar. Y es que el clero (principal agente pastoral hasta el momento, al menos en cuanto a dedicación profesional) está ya en unas edades de permitirse pocas alegrías: más bien cada vez se piensa más en los pocos años que a uno le quedan para jubilarse (no olvidemos que las medias de edad de este colectivo rondan los 60 años).

Por último, y para no agobiar, señalemos un aspecto que es resaltado cada vez con más frecuencia: la falta de opinión pública en nuestra Iglesia, la falta de debate en el interior de la misma, desde la aceptación de un legítimo pluralismo que poten-

cie la búsqueda en común en cuestiones discutibles tanto en el terreno pastoral como en el social. En su lugar se ha impuesto un mirar constantemente hacia Roma para saber lo que tenemos que hacer, un inundar de citas papales cualquier documento o reflexión, unos medios eclesiales de comunicación que prefieren no meterse en cuestiones «disputadas» y un renunciar casi por completo a la creatividad, algo tan necesario si se quiere impulsar a la Iglesia y hacerla crecer.

Por culpa de esta ausencia se viene identificando irresponsablemente el amor a la Iglesia con la obediencia ciega o el quedarse «mirando al cielo» como los discípulos tras la Ascensión, y hay cuestiones (como la minusvaloración de la mujer en la Iglesia, o el mismo funcionamiento democrático eclesial) que, a pesar de ser objeto de gran número de conversaciones informales, no son debatidas públicamente ni afrontadas satisfactoriamente para la gran mayoría de los creyentes que no comprenden este desfase con lo aceptado con naturalidad y gozo dentro de la sociedad civil democrática en la que nos desenvolvemos y que hemos aceptado.

Ni siquiera llega a debatirse abiertamente la situación económica de nuestra Diócesis (que, según rumores, es bastante dramática) y da la impresión de que lo único que preocupa es llegar a fin de mes, es decir, a que los curas cobren su nómina o pensión y que si para ello hay que vender «las joyas de la corona», pues se hace y en paz. No estamos profundizando en lo que supondría una auténtica economía inspirada en el Evangelio y parece que nos contentamos con que simplemente los números cuadren, prescindiendo de todo lo que suponga riesgo o pérdidas contables, aunque merezca la pena pastoral y evangélicamente.

Y, como una consecuencia más de esta falta de debate, no es de extrañar la ausencia de un profundo diálogo entre la fe y la cultura de nuestro tiempo: Diócesis y Universidad están alejándose cada vez más, y los temas que más parecen preocupar a las altas esferas (clases de religión, aborto, etc.) distan bastante de los grandes problemas sociales que afectan a la vida cotidiana y al futuro de nuestra sociedad.

Algunas preguntas apremiantes

Tras la exposición anterior, la primera pregunta, y pregunta fundamental, que me surge es la siguiente: ¿es la Iglesia Diocesana sacramento visible, signo de salvación y renovación? Interrogante que me lleva al siguiente: ¿qué debe intentar hoy y aquí la Iglesia de Zaragoza? Y esta pregunta, claro está, lleva aparejada su complementaria: ¿cómo debe ser hoy y aquí esta Iglesia? El ser y el hacer creo que tienen una lógica unión. Pero, además, destaco el «hoy y aquí» para que la respuesta acerca del ser y de la misión de la Iglesia no se quede en las nubes. Creo que el ser de la Iglesia se deriva de su misión. Pienso que hay primero un envío, una misión por parte de Jesucristo y que, para realizar adecuadamente esta misión, la Iglesia se estructura de una determinada forma. Creo que lo esencial es la misión, y que la forma, la organización, el modo de ser, el modo de presentarse, el estilo de vivir esa misión,

se deriva lógicamente de lo primero. Esa «forma», por otra parte, que es, de suyo, secundaria y accidental, deberá tener muy en cuenta las características de las personas a las que la Iglesia ha sido enviada; la Iglesia es mediadora entre Dios y la gente, en el sentido de que debe ser instrumento de Dios para acercar su salvación a la humanidad. La Iglesia debe contar, lógicamente, con Dios pero también con la gente. Ella es, por consiguiente, mediadora y, por eso mismo, servidora e incluso «provisional» (aunque dure mientras lo haga este mundo, pero no así en el otro). La Iglesia, en definitiva, tiene su razón de ser en la tarea que le ha sido encomendada por Jesucristo: anunciar la salvación de Dios a la gente. «Anunciar» (¿cómo lo hace y cómo debería hacerlo hoy y aquí?), a «Dios» (¿cuál es la idea de Dios que se transmite y que se debería transmitir hoy y aquí?) y a su «salvación» (¿en qué consiste esta «salvación?»), a la «gente» (¿a qué gente?).

Por eso, una vez presentada la panorámica eclesial que puede observarse a simple vista, quisiera también ir más allá de la realidad aparente y adentrarme en una realidad deseada pero a la vez igualmente vivida por sectores eclesiales que ojalá sean mayoritarios en el plazo más breve. Con ello intentaré dar algún tipo de respuesta a las preguntas que he formulado en el párrafo anterior. Es el «otro» panorama eclesial.

El otro panorama eclesial

¿Qué tenemos que hacer? La respuesta está ya, en gran medida, dada: «anunciar la salvación de Dios a la gente». Hay «otro» anuncio y «otro» panorama, y es el que quiero subrayar ahora:

- El de los que tratan de comunicar un mensaje evangélico directamente relacionado con la vida de las personas del pueblo, con su forma de vivir, con un cambio en sus vidas que lleva a la felicidad.
- El de aquéllos grupos y personas que, viviendo encarnados entre la gente, entre los pobres, no en el centro sino en la periferia, ayudan a concebir a Dios como salvador, no lejano sino cercano y encarnado en sus vidas, presente por medio de su Espíritu, no poderoso sino que se hace pequeño entre los pequeños, pobre entre los pobres, para el que lo más importante es el que nos queramos y obremos en consecuencia.
- El de los que no se conforman con lo que existe e intentan llevar un estilo de vida evangélico, que promueve fraternidades que comparten y que ponen sus medios (sencillos) al servicio de la promoción de los pobres, diferente del estilo acomodado y capitalista. Que pretenden ilusionar a los jóvenes viviendo primero y presentándoles después alternativas fuertes de vida de seguimiento de Jesús.
- El de los que han abandonado toda pretensión de «hacer carrera» y «trepar» dentro de cualquier estructura de poder, sea eclesiástico o civil, abandonando las parcelas de poder e influencia que tenían.

- El de los que escuchan antes de hablar, sabiendo que no son los detentadores de la verdad sino buscadores de la misma, y que la buscan con otros, no aislados. Que potencian los debates sin tener miedos y favoreciendo la libertad de expresión.
- El de aquellas comunidades en las que la autoridad se ejerce desde el diálogo y no desde el mando, en las que los sacerdotes están metidos en la comunidad, cumpliendo su ministerio en la misma y no por encima de ella. Y favorecen el acceso de las mujeres a cargos directivos, basándose en la igualdad de derechos de todos en sus comunidades, igualdad que han ido consiguiendo desde la práctica.
- El de los que han realizado una revisión a fondo de su «espiritualidad», entendida ésta como «estilo de vida en el Espíritu de Jesús» y no como mero conjunto de prácticas religiosas. Que han fomentado y fomentan la dimensión de interioridad y profundidad, orientando y ayudando a buscar e intentar experiencias de Dios, o a ser consciente de ellas, que tratan de «entrar» en oración en espíritu y en verdad, sabiendo combinar la oración individual con la comunitaria; y sabiendo unir en ella la fe y la vida (una oración en medio de la vida, teniendo muy presente, especialmente la vida de los pobres; y una oración comprometida con la vida, que lleva a compromisos basados en la fe). Y que han ido renovando sus eucaristías y celebraciones en sus aspectos no sólo formales sino también de compromiso.
- El de los que profundizan en la esencia de lo que constituye la «salvación» que Dios nos ofrece. Tratan de tener muy claro en qué coincide con la realidad actual de la vida de la gente, para alabar y potenciarlo, para descubrir la presencia del Reino de Dios en la vida de las personas y reconocerlo y proclamarlo como tal; y en qué supone una clara alternativa, para proclamarlo sin rebajas y practicar la denuncia profética, cuando es preciso, intentando «transformar» la realidad para mejorarla, sin evasiones ante la misma, ante los problemas sociales. Y que apoyan los esfuerzos de las organizaciones que intentan promocionar a los pobres,
- El de aquellos grupos y personas, finalmente, que insisten especialmente en la esperanza y no en el pesimismo. Y ello porque han colocado a Jesucristo en el centro de su vida, y lo anuncian y colocan en el centro de la vida de la gente.

Éste también es un panorama eclesial desde el Valle. Esta realidad existe y no está separada sino en medio de la Iglesia, aunque no en el centro normalmente sino más bien en la periferia, a veces hasta en la frontera, muchas veces sufriendo e incomprendida, cuando no marginada o tal vez «castigada». Ojalá que el Espíritu que en ella aletea sea tenido en consideración por el conjunto de nuestra Iglesia.

manantial



**LIBROS
DISCOS Y AUDIOVISUALES
ARTESANIA LITURGICA
ORFEBRERIA**

Plaza de La Seo, 6 - Teléfono 29 46 41
50001 ZARAGOZA

ALICANTE: del Teatro, 41
CIUDAD REAL: Bernardo Mulleras, 5
PAMPLONA: Sancho el Mayor, 11
TERUEL: El Salvador, 3

VALENCIA: Paz, 7
ROMA: Piazza Navona, 90
GUATEMALA: 7ª Avda. 3-03 Zona 1
TOKIO: 4-8 Rokubancho

Inocencio Jiménez Vicente: «Un semblante social edificado sobre roca»

Rev. Aragon. Teol. 4 (1996)

Fernando Urdiola Guallar

La complejidad de una época

Intentar adentrarnos en el perfil de un hombre perteneciente a nuestra «Historia Contemporánea», puede dar la impresión de ser un atrevimiento, ya que la Historia necesita tiempo para ser analizada con serenidad.

Dicho esto, vamos a comenzar el vuelo. La aventura de introducirnos en el viaje de su vida. Y supongamos que la predicción meteorológica nos advierte de importantes turbulencias que inestabilizarán —de buen seguro— la atmósfera. Sin duda, ésta podría ser la configuración política, social y económica que a nuestro ilustre aragonés le tocó padecer.

Imagínense ustedes: Un hombre que no esconde sus ideas, decidido y arriesgado, cuya vida transcurrió desde el reinado de Alfonso XII (1874-1885) hasta los años inmediatos al fin de la Guerra Civil (1941), pasando por la Regencia de M^a Cristina de Habsburgo (1885-1902), el reinado de Alfonso XIII (1902-1931) con el intervalo de la Dictadura de Primo de Rivera (1923-1931), la Segunda República (1931-1936) y la Guerra Civil (1936-1939).¹

En medio de esta situación convulsiva, desarrolló su quehacer D. Inocencio Jiménez Vicente, uno de los máximos exponente del catolicismo social del momento. Jurista, profesor universitario, periodista... su intensa labor trasciende el espacio de la ciudad que le vio nacer (Zaragoza) y forma parte, de modo indiscutible, de la narración histórica de nuestro país.

No fue ajeno a la delicada situación del campo aragonés, como tampoco lo fue a la insuficiente reglamentación jurídico-penal de entonces; de ahí que se entregase por completo a labores tan distintas como la docencia universitaria, la formación del sindicalismo y cooperativismo agrario, su aportación al Instituto Nacional de Previsión y colaboraciones periodísticas frecuentes, entre otras actividades.

¹ AA.VV. Una breve e interesante síntesis de toda esta época, centrada en Aragón, se encuentra en *Aragón en su Historia*. Pág. 424-483. Zaragoza, 1980.

Surge en este momento histórico el problema obrero. La Iglesia Católica hace oír su voz, cada vez con más fuerza. Desde la promulgación de la encíclica «*Rerum Novarum*» por el Papa León XIII, el 15 de Mayo de 1891, la denominada *Doctrina Social de la Iglesia*, hace crecer la sensibilización por este problema. En toda Europa se expresa el sentir católico ante la realidad social preocupante. Inocencio Jiménez es un representante, «el mejor del catolicismo social de este siglo»² en Aragón, que junto a otros compañeros, formaron el llamado «*Grupo Zaragoza*».

No he querido en este artículo ceñirme sólo a su persona, sino recordar el entorno en el que se movió, las personas que caminaron junto a él, las situaciones que atravesó... para comprender su modo de pensar y de actuar.

Como católico convencido que fue, recordé en su memoria las palabras del evangelio de Mateo que dicen: «Todo el que oiga estas palabras mías y las ponga en práctica, será como el hombre que cimentó su casa sobre roca: cayó la lluvia, vinieron los torrentes, soplaron los vientos, y embistieron contra aquella casa; pero ella no cayó, porque estaba cimentada sobre roca.» Porque, si en algo destaca D. Inocencio, es en su coherencia de vida, el conjugar la acción y la reflexión, lograr la síntesis entre lo que dice y lo que hace, apostando por una militancia cristiana que empezaba a emerger.

Los comienzos. Su tarea universitaria más allá de las aulas

Nace este zaragozano, el 9 de Noviembre de 1876, siendo bautizado en una de las parroquias más populares de la ciudad, conocida como la parroquia del Gancho, cuyo auténtico nombre también se lo da al barrio, el de S. Pablo, dentro del casco histórico de la capital aragonesa —en la actualidad, una de las zonas más marginales— con altos niveles de delincuencia, drogodependencias y prostitución.

Estudió en las Escuelas Pías y se graduó de Bachiller en el Instituto, año de 1894.

Su padre fue comerciante y tenía un local en la plaza de Lanuza. Fue precisamente su padre quien animó y apoyó a su hijo en todo momento para que prosiguiera sus estudios en la Universidad. Ilusionado como cualquier cabeza de familia, su hijo no le defraudó en sus anhelos e ilusiones. Comienza de esta forma, una de las actividades más importantes en la vida de D. Inocencio, actividad que mantendrá hasta el final de sus días.

Su *curriculum vitae* queda configurado tal y como detallo a continuación:

- En 1901, es Premio Extraordinario de Licenciatura por la Facultad de Derecho de Zaragoza.
- Al año siguiente, 1902, obtiene el Doctorado por la Facultad de Derecho de Madrid.

² AA.VV. *Aragoneses ilustres*. Vol. II. Pág 73. Zaragoza, 1977.

— Un año más tarde, en 1903, consigue, por oposición, una pensión para la ampliación de estudios en París. Este es un dato de trascendental importancia en su biografía. En la Sorbona y pateando la ciudad del Sena, entra en contacto de forma directa con los movimientos sociales que están ebulliendo en Europa. Su semblante social no desaparecerá. Desde estos instantes, en los que se plantea la instauración en su país, de asociaciones y fundaciones que ha podido conocer gracias a la beca concedida, la preocupación por las clases más oprimidas estará siempre presente en su vida.

- De regreso después del circuito europeo, en el año 1906 es elegido catedrático de Derecho Penal en la Universidad de Zaragoza. Si sumamos, contaba treinta años.
- El año 1907 es nombrado secretario de la Facultad de Derecho de la misma universidad y, transcurridos nueve años, en 1916, es elegido secretario general.
- Debemos recordar que participó activamente en las asambleas universitarias de 1902, 1905, 1915 y 1922. Colaboró, con eficacia, en la elaboración del Estatuto de la Universidad de Zaragoza en 1919.
- Viviendo ya en Madrid la última etapa de su vida, el 7 de Noviembre de 1940 alcanza la cátedra de Derecho Penal, ingresando en la Academia de Ciencias Morales y Políticas.

Ligado a su tarea universitaria y preocupado por la complicada situación penal y social que se atravesaba, ocupó el cargo de vicepresidente del *Tribunal Tutelar de Menores*.

Igualmente, fue el principal inspirador de la renovación de una institución de raigambre en Zaragoza: el *Reformatorio del «Buen Pastor»*. Como ejemplo de una apuesta por la justicia, el 26 de setiembre de 1921, esta institución era una realidad que se ofrecía para procurar la reinserción y educación de niños abandonados y delincuentes. La vigilancia corría a cargo de los frailes Terciarios Capuchinos de N^a S^a de los Dolores, y estaba ubicado junto a la estación de Utrillas, en el barrio zaragozano del Bajo Aragón.

Un asunto que anduvo tras él, sin poder conseguirlo, fue la reforma del Código penal. Renovación que pedía para poder ser adaptado a la España del primer tercio del siglo XX. En la inauguración del curso académico de 1932-1933 en la Universidad de Zaragoza, expresó su preocupación de la siguiente manera: «Mientras la justicia penal se ordene y se practique como si fuera sólo represiva, y no se quiera defender a la sociedad más que con la ciega rigidez de la pena individualizada, y el Derecho no sea iluminado por la Sociología, no cabe desear, ni menos procurar, que los Tribunales Tutelares sean considerados como de la Justicia Penal...

...Hoy es temible para la obra tutelar, el ambiente de una justicia encerrada en lo represivo; un día puede llegar en que toda la Justicia, sin dejar de defender, tutele;

y puedan vivir en un común y único ambiente las Instituciones para menores y las Instituciones para adultos...

...En cuanto a tener un Código Penal del siglo XX... es de esperar que lo logre la esforzada juventud que tanto puede».³

Hasta aquí su continua labor universitaria, que le ha llevado a ser calificado como personaje clave de su época en estos términos: «En aquella pléyade de aragoneses ejemplares de comienzos de siglo, el timonel se llamaba Inocencio Jiménez.»⁴

De la ciudad al campo: el asociacionismo agrario

Si con su palmarés universitario, concluyera el *iter* de nuestro personaje, no pasaría de ser una figura más —brillante, eso sí— que recorrió con intensidad las aulas, pasillos y despachos de esos centros, sin duda, lugares primordiales de investigación y cultura, pero también núcleos donde se entablan debates de actualidad sobre cuestiones candentes que no pasan inadvertidas.

Lo que quiero decir es que, D. Inocencio, vive al máximo su parcela universitaria, pero no se conforma con el saber, sino que su inquietud y su pasión le llevan al hacer. Contrasta sus estudios, sus reflexiones y sus diálogos, con lo que en verdad está sucediendo en la calle. Su salida a Europa le ha dado la posibilidad (que no ha desaprovechado en absoluto) de abrirse las puertas y comprobar cómo se está entretrejiendo un movimiento social de las clases económicamente más bajas, que postula posiciones discrepantes y encontradas. Se está de acuerdo en que hay que asociarse para reivindicar mejoras. Las alternativas que se ofrecen son de ideología anarquista, socialista o católica confesional. Nuestro zaragozano, no sólo aprueba sino que propaga estas últimas.

Y no olvida su campo de Aragón, ni a sus habitantes, agricultores o ganaderos. No puede dejar apartadas a estas gentes, con asiduidad sometidas a la injusticia y la opresión, padeciendo situaciones precarias. Conoce bien la situación. Entiende la problemática. La vive. Como dice Chenu: «Solamente entiendo una realidad cuando la hago». E Inocencio Jiménez hizo del lema de su vida una praxis coherente, no un escrito bien formulado: «Hacer que la Ciencia sirva para la Acción».⁵ Lo dijo por primera vez al conseguir su premio de licenciatura en 1901 y lo volvió a repetir en la universidad en 1932.

Con el lema elegido para su vida, y con el que a lo largo de ella trabajó para los demás, convencido de sus ideales cristianos, podemos calificar a D. Inocencio, co-

³ GONZÁLEZ HERNÁNDEZ, Vicente. *Aragón en la historia social de España*. Pág 153. Zaragoza, 1986.

⁴ MATEO BLANCO, Joaquín. «Inocencio Jiménez y la Acción Cooperativa Católica.» *Cuadernos de Aragón*, N° 12-13. Pág 142. Zaragoza, 1980

⁵ GONZÁLEZ HERNÁNDEZ, V. Op. Cit. Pág 153

mo un apasionado militante católico, cuya experiencia creyente, le lleva a darse a los otros, a lanzarse desde los ambientes intelectuales para recorrer ciudades y pueblos, calles y plazas, en contacto con sus gentes, para realizar una auténtica y activa labor de apostolado.

De 1906 a 1919 se pasea por todos los lugares de Aragón, fomentando la creación de Sindicatos⁶ y Cooperativas⁷ agrícolas de talante católico. Viajero infatigable, exige una mejora en las condiciones de vida de los campesinos, y cree que el Asociacionismo es la forma más adecuada para unir las fuerzas de los indefensos. Sirvan como referencia estos datos: La Unión Diocesana de Sindicatos Agrícolas, cuenta en 1909 con 50 sindicatos, en 1913 con 98 y en 1920 con 160 sindicatos federados.

Movimientos mutualistas y de seguros

Prosigamos nuestra incursión en el quehacer incansable de este propagandista. También tiene mucho que aportar en el panorama de las ideas de la previsión social. Su militancia, se encuentra con los movimientos mutualistas y de seguros. Difícil compaginar la faceta en favor del cooperativismo y los postulados de la previsión social ya que, como dice Joaquín Mateo Blanco: « por circunstancias históricas y sobre todo, por razones políticas, han andado divorciados en nuestro país los movimientos mutualistas y de seguros, de la cooperación, cosa que no sucede en otros países.⁸

Si el precursor de las ideas de previsión social fue D. José Maluquer Salvador, a D. Inocencio Jiménez lo podemos calificar como pionero y continuador de la obra del anterior.

La fundación, el 11 de Julio de 1921, de la Caja de Previsión Social de Aragón, de la que fue designado Consejero Delegado, fue la ocasión propicia para que Jiménez se trasladara a vivir a Madrid. Desde este momento, su vida toma un rumbo diferente. A los 45 años, edad sobre la que gira la madurez de la persona, se asientan

⁶ »El sindicalismo agrario católico, forma la tríada de sindicatos agrarios del primer tercio del siglo XX, junto con el laico y el socialista. Desde 1906, habían comenzado a surgir asociaciones católico-agrarias en Aragón, y con ellas la necesidad de crear un sindicato central. A esta aspiración responde la fundación de la Unión Diocesana de Asociaciones Agrícolas en 1908. En Octubre de 1909, la Unión se convirtió en el Sindicato Central de Aragón de Asociaciones Agrarias Católicas, que se extendía a las diócesis de Zaragoza y Huesca, a las que se uniría más tarde, Jaca. En 1917 se integró en la Confederación Nacional Católico Agraria. En la diócesis de Teruel, funcionaba la Federación Católico Agraria de Teruel.» AA.VV. *Gran Enciclopedia Aragonesa*. Vol XI. Pág 3082-3083.

⁷ »El cooperativismo agrario aparece en Aragón a principios del Siglo XX, inspirado por el cooperativismo alemán y de signo católico. Se crean en muchos pueblos sindicatos agrícolas, gracias a la labor de una serie de propagandistas. La ley de 1906 de Sindicatos Agrícolas, ayudaría en gran manera a aquella implantación. En España, en 1916, existían 18 Federaciones de Sindicatos Agrícolas Católicos, con más de 1500 sindicatos adheridos. En 1942, se promulga la ley de Cooperación y los sindicatos son obligados a cambiar su nombre por el de Cooperativas Agrícolas». Op. cit. Vol IV. Pág 939

⁸ MATEO BLANCO, J. Op. cit. Pág 137.

las ideas, se modera el ímpetu juvenil, se adquiere la estabilidad... el Instituto Nacional de Previsión le absorbe el mayor tiempo de su dedicación. Cuatro son las etapas en las que podemos dividir la estancia de nuestro personaje en la capital del Reino:

- 1921-1924. Se mantiene como colaborador permanente de Maluquer.
- 1924-1931. Se convierte en director efectivo del Instituto, salvaguardando la impresión de que lo sigue dirigiendo Maluquer, enfermo en Barcelona.
- 1931-1939. Nombrado director a la muerte de Maluquer, la etapa más difícil, que abarca la 2ª República y la Guerra Civil.
- 1939-1941. Última etapa hasta su muerte.

Toda su labor en este campo, sin su estrecha vinculación a la Liga de Acción Social Católica, es muy probable que no la hubiera llevado a cabo. Pero esta asociación, por la importancia que tuvo, merece un apartado especial.

Pregonero de las ideas sociales dentro del catolicismo

Inocencio Jiménez Vicente hizo. Hizo mucho. Su obra quedaría inconclusa, si no nos hubiera dejado por escrito su espíritu, su forma de pensar.

Colaborador asiduo del Semanario «El Pilar» de Zaragoza, fundado el 10 de Noviembre de 1883, escribiría más tarde: «No creo que fuera lo que se llama un semanario piadoso. Desde sus primeros tiempos, acudía a todas las brechas, con más fuerza donde mayor era el peligro».⁹ Su primer artículo fue publicado el 20 de Febrero de 1904.

En una época en que lo social lo absorbía casi todo, aparece el 1 de Junio de 1901 un periódico en Zaragoza, con ambición de difundir los principios católicos. Se trata del diario «El Noticiero».¹⁰ Un joven entregado e ilusionado en sus proyectos, con los estudios de Leyes y Filosofía y Letras recién terminados, emprende su labor con los fundadores de este ambicioso proyecto, que le llevará a figurar en la redacción del diario y, más tarde, en la dirección del mismo.

El pensamiento de vanguardia se expresa en una revista: «La Paz Social», cuyo primer número aparece el 19 de Marzo de 1907. Cuatro son los nombres que se

⁹ GONZÁLEZ HERNÁNDEZ, V. Op. cit. Pág 19.

¹⁰ «Órgano de la prensa católica y de la derecha aragonesa. Fundado como sociedad civil, por un destacado grupo del catolicismo zaragozano, que deciden crear en Zaragoza un periódico de absoluta ortodoxia. Ello le acarrearía denuncias, secuestros y persecuciones en el tiempo republicano. En 1923 pasó a ser Sociedad Anónima. Deja de aparecer el 15 de Junio de 1977, el día de las primeras elecciones generales de la nueva democracia española». *Gran Enciclopedia Aragonesa*. Vol IX Pág 2447

relacionan con el desarrollo de esta idea que vio, al fin, la luz. Colaborador y redactor fue D. Inocencio, junto a D. Salvador Minguijón, D. José De Latre y D. Severino Aznar.¹¹ En esta revista, el zaragozano que nos ocupa estas páginas, llegará a ejercer la Secretaría General.

Otro medio difusor del ideario católico social, órgano de difusión y propaganda de los Sindicatos y de las Cajas Rurales, fueron las «Semanas Sociales». Los mismos nombres que figuran en la fundación de «La Paz Social», convirtieron lo que era un acto en un hábito social como institución. En el año 1934 se celebró una «semana Social» en Zaragoza, en medio de un revuelto y desordenado campo de la vida social y económica.

En 1907 comienza a redactar el «Vademécum del propagandista de sindicatos agrícolas» y en 1909 publica el «Vademécum del propagandista de sindicatos obreros». Tiene escritos como el «Manual de la Acción Social del clero» en el que refleja su deseo de que los sacerdotes estén formados y puedan ayudar y aportar algo en la solución de los conflictos sociales que iban agudizándose.

Su voz también se dejará escuchar en numerosas conferencias y charlas, clases y sesiones inaugurales universitarias.

«Le Soc», pseudónimo que va de manera indisoluble ligado a su persona, lo adquiere después de haberse recorrido Plaisance, arrabal de París, zona de miseria al lado de una de las ciudades más bellas del mundo. Le Soc pasará a ser el eco de las inquietudes católicas.

La liga católica

Confluyen los desequilibrios políticos, sociales y económicos que hervían en la España de finales del siglo XIX y comienzos del siglo XX. Afectaban a todo el territorio y Zaragoza vivía con intensidad todos los acontecimientos. Los socios de la Capital aragonesa, pertenecientes al «Apostolado de la Cruz», fundaron el 25 de Diciembre de 1902 «La Liga Católica»¹² Inocencio Jiménez, una vez más, aparece en la

¹¹ «Tierga, 1870-Madrid, 1959). Sociólogo. Estudia Filosofía y Letras y en el Seminario de Zaragoza. Trabaja como periodista y, en Madrid, realiza el doctorado. Fundador de «la Paz Social, revista propagandística del Sindicalismo Católico. Junto a la revista se crea una colección: la Biblioteca Ciencia y Acción. Esta labor se completa con la organización, por parte del grupo de las «Semanas Sociales». En 1914 es nombrado asesor del Instituto de Previsión Social. De 1910 a 1920 fue propagandista católico social y miembro de la Junta Central de Acción Social Agraria. En 1912, con Inocencio Jiménez y otros, funda el grupo de la «Democracia Cristiana», vanguardia del catolicismo social. *Gran Enciclopedia Aragonesa*. Vol II. Pág 350

¹² «Acción Social Católica» Con la encíclica «Rerum Novarum» comienza la respuesta a la llamada «Cuestión Social». En 1902 en Zaragoza, de manos de Mariano de Pano, el Conde de Bureta... se crea una Liga Católica, también llamada Liga de Acción Católica, para la realización de actividades sociales, apoyo a la prensa confesional e intervención política.

Desde 1910, los católicos sociales intervendrán en los comicios generales como tales, obteniendo con el marqués de Arlanza y en unión con el maurismo, su primer escaño en 1914. En 1919 se promueve la plataforma electoral «Unión de Derechas». *Gran Enciclopedia Aragonesa*. Vol Y. Pág 40.

lista de emprendedores de esta nueva asociación. Aportó sus contactos con la Unión de Estudios Católicos Sociales de Francia y la Federación Católica de cooperativas belgas, el hacer de la Acción Social en Italia o el ejemplo del cura Kolping en Alemania.

Esta Liga, aprobada el 22 de Marzo de 1903 por el cardenal Soldevila¹³ promovió los sindicatos y cooperativas agrarios ya mencionados, los Círculos Católicos¹⁴ y los Congresos Católicos, éstos últimos con el fin de salvaguardar la unidad de todos los creyentes.

La primera Acción de la Liga, que se anunció en sesión de propaganda el 8 de Diciembre de 1904, fue la fundación de la Caja de Ahorros y Préstamos de la Inmaculada Concepción.¹⁵

Otras realizaciones fueron la Obra de la Blusa (confección de prendas gratuitas para obreros); la Biblioteca ambulante de artes, oficios y Agricultura, y la primera cooperativa agrícola, la de consumo para obreros.

En todas estas labores participó nuestro amigo. Obras que ayudaron a mucha gente, algunas de ellas todavía «vivas» en la actualidad. D. Inocencio estuvo atento a la realidad que le rodeaba, partió de ella para sus análisis personales y su acción reivindicativa en la sociedad. Un propagandista, un hombre dedicado al apostolado, lo que hoy en día llamaríamos «un militante cristiano».

Con el recuerdo de una calle

¿Fue por casualidad? Cuando analizamos la idea de lanzar esta sección (inaugurada en el número anterior de la revista) lo primero que hicimos fue buscar y pre-

¹³ Juan Soldevila y Romero. (Fuentelapeña, 20 de Octubre de 1843- Zaragoza, 4 de Junio de 1923).

Senador por la provincia eclesiástica en varios comicios generales, preconizado para la sede zaragozana en 1901, alcanza la dignidad cardenalicia en 1919. Muere en atentado, calificado como crimen social. Habrá que remontarse a París, en 1871, para encontrar una situación similar. El atentado lo podemos encuadrar dentro de la lucha de clases que sufría la ciudad de Zaragoza. Torres Escartín y Francisco Ascaso fueron los ejecutores del asesinato del cardenal. Tres meses después, se proclamaba la dictadura de Primo de Rivera.

Op. cit. Vol XI. Pág 3112-3113

¹⁴ «Denominación que incluye, según I. Jiménez, todas las instituciones que, ya con ese mismo nombre, ya con el de Patronato Obrero, ya con el de Centro Obrero u otro análogo, significan una agrupación de trabajadores en torno a personas que los educan, los preservan, los asisten y les proporcionan recreo. Es una modalidad de respuesta de los católicos a la cuestión social. El primero que surge en Zaragoza fue en 1882: la sociedad protectora de jóvenes obreros y comerciantes, ubicada en la calle Fuenclara. Op. cit. Vol III. Pág 808.

¹⁵ La primera Junta rectora se constituyó el 21 de Marzo de 1905, bajo la presidencia de Joaquín Roncal. Comienza sus operaciones el 1 de Mayo de ese mismo año, siendo uno de los asientos, la percepción de un donativo del arzobispo de Zaragoza. Muestra clara del catolicismo social de principios de siglo. La Caja había instituido un sistema de ahorros para los obreros que eran socios, consistente en cuotas fijas que eran cobradas decenalmente, hasta que este sistema de ahorro obligatorio deja de utilizarse en 1912. Los clientes que obtenían los créditos más amplios eran los sindicatos agrarios cristianos, a los que se concedía prioridad en la transacción de operaciones. Op. Cit. Vol II. Pág 548-549

parar un listado de nombres propios, que nos sirvieran de punto de partida para artículos posteriores. Una base. Una referencia para contar con ella. Ahí quedan reflejados grandes personajes, muchos ya conocidos —algunos de ellos, santos— cuyo recuerdo, quizá sea sólo el homenaje elevado a su memoria.

De repente, un día cualquiera, el que esto ha escrito, se dedica a dar un paseo por su ciudad, y no descubre la nueva configuración de su aspecto (muy modernizado) porque anda por el centro de la ciudad. Y allí sí que descubre nombres que le suenan de toda la vida, pero que en realidad, no sabe quienes son. Así de simple, entré en relación con Inocencio Jiménez. Y creí que hoy se merecía algo más que el recuerdo de su nombre en una placa de una calle zaragozana.

Un hombre de su época, luchador infatigable de la justicia y en favor de los más necesitados, cristiano comprometido en el buen hacer por los demás.

¿Fue por casualidad? Sea de la forma que fuere, sirvan estas líneas para resaltar la pasión con la que vivió su vocación.

Alguien pudo ampliar la reflexión y el lema de este hombre. Y yo lo comparto, y por eso se lo transmito a ustedes: «Hay que transformar la vida en experiencia, la experiencia en ciencia, **la ciencia en acción**, la acción en vida y así, sucesivamente, hasta lo infinito».

Apuntes para una pastoral misionera en el mundo rural

Rev. Aragon. Teol. 4 (1996)

José Guarc Pérez

I. Introducción

Entre el desconcierto y la crisis

En números anteriores de esta revista reflexionábamos sobre la situación de crisis por la que atraviesa actualmente nuestro mundo rural y sobre las posibles alternativas transformadoras que pueden ofrecérsele desde una presencia activa en él. Vamos a detenernos en este número en la consideración de algunos aspectos de la pastoral rural misionera.

No es tema baladí. La crisis por la que atraviesa hoy el mundo rural no es sólo una crisis económica, de futuro material y humano, sino también una crisis de valores. Como en el resto de la sociedad, sus gentes se han visto arrolladas por el sistema neoliberal imperante. Y ha entrado en crisis también la pastoral rural tradicional.

Ha caído en gran medida el edificio de los valores tradicionales edificados sobre la religión. El automóvil, las salidas, el tiempo libre, las nuevas ocupaciones, las nuevas formas de producción agraria, en definitiva, la llamada «modernidad», ha cambiado el modo de vida en nuestros pueblos.

Deberíamos preguntarnos con honradez. ¿Existía tal edificio de valores? ¿No será que el cristianismo tradicional era un sistema poco personalizado, poco desarrollado ética y socialmente, por estar centrado casi con exclusividad en una visión cultural de la religión y orientado fundamentalmente hacia lo escatológico? La respuesta es compleja sin duda, pero tendríamos que reconocer las carencias históricas del cristianismo a la hora de transformar los sistemas de valores de esa sociedad a la que ha regido espiritualmente durante siglos. Nos estamos refiriendo, naturalmente, a los modos concretos de expresar en la historia el mensaje del Evangelio.

¹ *La crisis del mundo rural aragonés: dificultades y esperanzas*. Revista Aragonesa de Teología. Año I, nº 2 pp. 91-100. Zaragoza 1995. *Problemática del mundo rural: Los agentes del cambio en el mundo rural*. Revista Aragonesa de Teología. Año II, nº 3 pp. 79-86. Zaragoza 1996.

Digamos ya desde ahora que la Iglesia, en los últimos treinta años, se ha hecho presente en el mundo rural con numerosas iniciativas sociales y religiosas creativas. Las aspiraciones y luchas, las angustias y esperanzas del mundo rural han sido compartidas y en ocasiones promovidas por gentes de la Iglesia. Esto no ha impedido, sin embargo, la situación de crisis que señalábamos, fruto en gran parte de la falta de una situación adecuada de los agentes de pastoral en él.

El discernimiento necesario. De los tambores de semana santa a una nueva campana para la ermita

Nadie negará que la pastoral rural ha de tener en cuenta la religiosidad popular y sin duda estaremos de acuerdo en que la evangelización y reiniciación cristiana que es necesario emprender, ha de tener en cuenta la tradición, las costumbres, los ritmos de la naturaleza, etc., tan arraigados aún en nuestros pueblos.

Pero tampoco podemos ignorar los problemas que se presentan a una pastoral renovadora. Se están dando en algunas zonas de las diócesis aragonesas unos cambios que podríamos llamar miméticos de ciertas costumbres religiosas que pueden dañar la pastoral.

Pongamos dos ejemplos: la introducción de los tambores de Semana Santa en parroquias dónde nunca han existido o las iniciativas, a menudo tomadas por personas emigradas de nuestro mundo rural al que vuelven por vacaciones o en frecuentes fines de semana. Iniciativas referentes a la introducción de materiales no necesarios para el culto y a los que se les da más relieve, que a las líneas de acción pastoral y social de la parroquia.

Lo que empieza con media docena de tambores en Viernes Santo puede devenir rápidamente en un ambiente bien alejado de lo que los cristianos celebramos esos días. Ambiente que reflejaba por televisión un tocador de tambor en la última Semana Santa: «vamos ciegos de vino». Conocemos la preocupación pastoral que estos hechos causan en algunas parroquias de zonas aragonesas bien alejadas entre sí geográficamente.

Con esto no queremos generalizar, ya que sabemos de la dignidad de algunas de estas manifestaciones. Sólo queremos señalar la necesidad de discernimiento por parte de los consejos parroquiales, arciprestales o diocesanos en la introducción de estas costumbres.

Notar por otra parte, que éste es el riesgo que se corre en una sociedad secularizada al «ocupar la calle». La Iglesia ya no tiene luego, a diferencia de otras épocas, ningún mecanismo de control para evitar que esas manifestaciones se desbor-den. Estamos lejos de querer decir con esto que la Iglesia deba tener tales mecanismos. Lo expresado, a nuestro parecer, debería hacer reflexionar sobre el tema. Sirva esto como introducción al asunto que nos ocupa.

Pero pasemos a considerar la pastoral rural tratando de esbozar caminos creativos.

II. La pastoral rural misionera y el talante del animador

A) Pastoral rural misionera

Para saber servir y evangelizar al mundo rural es imprescindible situarnos ante él con lucidez, conociendo y sabiendo llegar al alma y al corazón del pueblo.

Es imposible evangelizar al mundo rural, en esta nueva coyuntura histórica, sin conocerlo e imposible conocerlo sin pararse ante él, contemplarle, amarlo. Sólo el amor y la opción por el mundo rural nos permite mirarle con hondura para ofrecerle lo que reclama y le pertenece, lo querido por Dios.

La primera acotación que queremos hacer al hablar de pastoral rural misionera, es que queremos separarnos de lo que se ha llamado pastoral tradicional, entendiéndolo por ésta aquella en la que la parroquia es el ámbito geográfico de toda actividad, una actividad dirigida a los practicantes y circunscrita al terreno de lo «sagrado» y de lo «religioso».

Los cristianos somos continuadores de la obra de Cristo. Cuando la comunidad cristiana da razón de su fe al mundo, deviene la acción evangelizadora de los cristianos.

Esta acción de los cristianos en el mundo tiene dos vertientes. Es una acción hacia el interior para edificar la misma comunidad cristiana y es una acción hacia el exterior para transformar un mundo injusto en el Reino de la justicia de Dios.

La pastoral misionera es, en gran medida, expresión de lo que se ha llamado teología práctica². Podemos en este sentido hablar de una teología de la praxis rural. Precisamente las teologías posconciliares más importantes son teologías de la praxis: teología de la esperanza, teología de la liberación, teología feminista, teología negra.

Una teología de la praxis rural y por lo tanto una pastoral rural misionera, tendrá directamente que ver y ser expresión de la contemplación y acción del cristiano en el mundo rural, en cuanto práctica mesiánica sobre los aspectos de pobreza del mundo rural³, tales como la despoblación, el envejecimiento de la población, la dependencia de las corporaciones multinacionales, la cultura neoliberal, etc. Ahí somos enviados hoy por el Espíritu de Dios para cumplir lo visto y oído desde la Palabra y desde la vida de ese mundo rural.

Desde ahí es posible realizar, sin complejos, verdaderos proyectos ilusionantes de evangelización mediante una comprensión más profunda, sin dejarse atrapar por estrecheces.

² Casiano FLORISTÁN. *Teología práctica. Teoría y praxis de la acción pastoral*. Sígueme. Salamanca. 1993.

³ Lc 4,16-21.

El largo recorrido hacia la pastoral rural misionera

La pastoral rural misionera es deudora del amplio movimiento de pastoral misionera surgido en la Iglesia a mitad del siglo que está para concluir.

La terrible experiencia de la segunda guerra mundial, descubrió principalmente en Francia, a los movimientos apostólicos de Acción Católica, que una pastoral tradicional e individualista era por completo ajena a la realidad del mundo y no adecuada para la evangelización.

J. Cardijn, H. Godin y F. Boulard así como la «Mission de France» y la iniciativa de los sacerdotes obreros pusieron mojones inolvidables en el largo camino de la pastoral misionera.

El Vaticano II en su decreto «Ad gentes» recogería todos estos esfuerzos, convirtiéndose en el texto capital de la misión de la Iglesia, junto con la Constitución pastoral «Gaudium et Spes». El sínodo de los obispos de 1974 y la «Evangelii nuntiandi» de Pablo VI, así como Juan Pablo II en la «Redemptoris missio», introducen aspectos nuevos en el proceso de la Iglesia misionera. Las asambleas del episcopado latinoamericano en Medellín y Puebla son hitos imborrables de este camino.

En España el Congreso de 1985 sobre «Evangelización y hombre de hoy» quiso actualizar el concepto de evangelización a la luz del Vaticano II y la encíclica de Pablo VI y analizar la situación española a los diez años del cambio político y veinte de la terminación del Concilio. Aspectos más concretos de esta tarea misionera fueron tratados por los obispos españoles en diversos documentos de la Asamblea Plenaria de la Conferencia, «La verdad os hará libres» (1990) y «Moral y sociedad democrática» (1996).

La sociología religiosa en España, como ciencia auxiliar de la pastoral misionera, es deudora de Rogelio Doucastella en lo que respecta al estudio de la parroquia⁴. Más reciente es el estudio de los compañeros aragoneses Ángel Calvo y Alberto Ruiz en lo que atañe a diversos planteamientos a cerca de pautas para el estudio y análisis del mundo rural⁵. En lo que respecta a personas que supieron aunar su compromiso militante con su tarea intelectual, no podemos olvidar a Tomás Malagón desde la óptica obrera y a José Manuel de Córdoba desde el mundo rural.

B) El talante del animador de la pastoral rural misionera

La persona transmite a los demás más por lo que es que por lo que dice o hace. El talante es una forma interior que configura a la persona. El talante es más que un barniz, un ponerse al día para no desentonar o estar al quite del último grito, cuando no moda, de la pastoral.

⁴ Rogelio DOUCASTELLA. *Cómo estudiar una parroquia*. Nova Terra. Barcelona. 1965.

⁵ Ángel CALVO / Alberto RUIZ. *Pastoral rural ¿todavía?* Verbo Divino. Estella. 1988.

Los sujetos de esta animación en la tarea evangelizadora son todas las personas de la comunidad cristiana, según su vocación y aptitudes. Este talante parte de la conciencia de ser enviados por el Señor para «vivir y hacer» como el «vivió e hizo» Lc 4,18. Es la experiencia de Dios la que ha de hacer que nazca el apasionamiento por el pueblo, en obediencia a su Palabra.

1. Ser un vecino del pueblo

Situarnos sin complejos y con sencillez en el mundo en que vivimos. «Los creyentes no pertenecemos a una comunidad exterior respecto a la sociedad ni en oposición a ella. Somos conscientes de nuestras flaquezas e insuficiencias»⁶.

No olvidemos que se puede pasar por el mundo rural y no vivir en él. Bien por no comprender o no estar enraizado en su problemática o bien por estar de paso, cumpliendo una exigida etapa del escalafón, a la espera de subir peldaños, normalmente para desplazarse a la ciudad.

Se trata de vivir como unos vecinos más, abriendo los ojos, los oídos y el corazón a las llamadas de las gentes, mezclándose en sus vidas, con sus angustias y esperanzas, aspiraciones y luchas hasta llegar a la experiencia profunda de que la causa del pueblo es la causa de Dios.

El pueblo será nuestra parcela de vida y nuestra misma vida, construyendo dentro de él nuestra propia historia personal y con otros la historia del pueblo.

Como decía Madeleine de Jesús, de las hermanitas del P. Foucauld, «nuestra primera tarea al acercarnos a otro pueblo, (a otra cultura, a otra religión) será quitarnos las sandalias porque el lugar al que nos acercamos es santo. Si no lo hacemos así puede que pisemos los sueños de la gente, y más grave aún, puede que olvidemos que Dios estuvo allí antes de nuestra llegada».

2. Buscadores de personas

Es necesario buscar pilares para la misión de evangelizar y liberar. El animador de la pastoral rural misionera será consciente de la necesidad de hacer surgir grupos de cristianos que sintonizando con el latido de la misión, sean en el pueblo, no un grupo aislado o de élite, sino un punto de referencia, llamada e invitación para el resto. Se trata de localizar personas, no sacándolas de sus cuadrillas, ambientes, etc., que descubran que Dios les pide vayan más allá y se comprometan más rigurosamente.

Esto exige un trabajo lento, paciente, riguroso, formativo y programador. De rigor en lo que queremos y en los medios que usamos, de constancia en los procesos que ponemos en marcha⁷.

⁶ Elías YANES. *Discurso inaugural en la Asamblea Plenaria del Episcopado*. 1996.

⁷ *Servir al mundo rural, evangelizando*. M.R.C. Madrid. 1993.

3. Personas que ayudan a mirar la vida y a mirarla desde el Evangelio

Cuando miramos a la persona, al pueblo, a la vida, a la historia con hondura y desde el evangelio, ya estamos inexcusablemente optando por ellos. Desde ese momento el compromiso con el mundo rural ya no es simplemente una elección, se convierte automáticamente en una obediencia.

Este proceso convierte a la persona en alguien ganado para la tarea del pueblo y del Reino. Asunto éste totalmente necesario en estos momentos de indiferencia e incredulidad que nos ha tocado vivir en esta sociedad de lo «light» y ausencia de compromiso.

4. Personas sembradoras de interrogantes y capaces de poner en movimiento a la comunidad

Nuestros católicos de toda la vida, agricultores medios, comerciantes, funcionarios, etc., a menudo son personas que entienden lo religioso como mero cumplimiento de los preceptos y normas, refugiados en devociones y entusiastas de las procesiones con las imágenes de los santos. En lo social apenas han superado el concepto limosnero, con poca o nula participación en las luchas populares, pues su mundo es otro y no aciertan a unir su religiosidad con los problemas sociales en los que viven inmersos en sus pueblos.

Es lo que atinadamente se ha llamado «cristianismo de cuatro ruedas»⁸: en cochecito de cuatro ruedas llevan al bebé al bautismo; cuatro ruedas esperan a los novios tras la ceremonia y otras cuatro aguardan al difunto camino del cementerio.

Y sin embargo es imprescindible que una pastoral rural misionera suscite interrogantes: ¿Qué pasa...? ¿Por qué pasa...? ¿Qué consecuencias tiene...? ¿Que hacer...? ¿Quiénes...? ¿Cómo...?

Son preguntas que el animador tendrá que plantear continuamente para ayudar a salir de la pasividad, la comodidad, el silencio, la huida. No hay que olvidar que en los últimos años han ido surgiendo en nuestros pueblos, pequeños grupos de personas que agrupadas en torno a Cáritas, Manos Unidas, Movimiento Rural o Catequesis van dando un nuevo rostro de Iglesia.

5. Personas con experiencia de Iglesia y que no saben caminar sino en comunidad

La Iglesia es recreada continuamente por el Espíritu de Jesús; debe estar organizada no en función de sí misma, sino en función del anuncio del Reino y del servicio al mundo. Comunidad en torno al Señor que reconoce, cuida y sostiene los diversos carismas del pueblo de Dios sin suplantarlo ni absorberlo. Viviendo todos una igualdad fundamental: la dignidad de hijos de Dios.

⁸ Luis BETÉS PALOMO. *Eucaristía*. Verbo Divino. Estella (Navarra). 12 Mayo 1996.